

JOSÉ ÁNGEL MAÑAS. «CASO KAREN»

«La fama saca lo peor que uno tiene dentro»

Javier Ors
Madrid

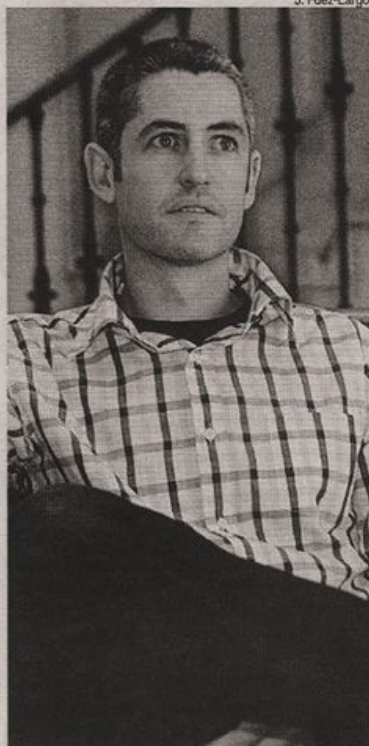
Después de cuatro años de ausencia, y asentadas ya las viejas polvaredas del pasado, José Ángel Mañas ha regresado con «El caso Karen». Si en aquellas crónicas del Kronen de 1992 recogía, casi a golpe de micrófono —con una prosa desparisada de las molestas pulgas del estilo— la jerga de aquel Madrid de la postmovida, juvenil, urbano, nocturno y, también, algo pijo; ahora, sin prescindir de las coordenadas de su identidad, da un buen repaso al mundo de la fama y de los escritores de quita y pon y, ya puestos a sacar dorados, vagabundea, de nuevo, por los bulevares de la droga, la crítica literaria y el desorden del éxito.

—Ha pasado tiempo desde su última novela.
—Un poco, sí. Al principio publicaba una novela al año. Necesitaba apartarme. Encontrarme a mí mismo como persona y escritor.

—¿Qué ha hecho durante estos años?
—Nada especial. He estado dando vueltas, por Francia y por ahí...

—¿Pensó en dejar de escribir?
—Nunca he llegado a tirar la toalla. Fue más por cansancio. He seguido escribiendo, pero he ralentizado el ritmo. Esta novela ha sido lo que ha cuajado de todo lo que he hecho en este tiempo. Según creces te vas liando. Cuando eres joven no te cuesta concentrarte al cien por cien. Eres capaz de salir, dar entrevistas, volver a casa, no existen fines de semana y puedes seguir escribiendo. Tienes más flexibilidad, pero esa capacidad la vas perdiendo; ahora, si me molestan un poco ya no puedo escribir.

—¿Qué ha ganado con este descanso?
—La tranquilidad de que el teléfono no suena. Te dedicas a tus cosas. Es algo muy sano. Centrarte en lo que quieres y nada más. Es re-



El novelista José Ángel Mañas

comendable. Antes estaba bajo presión todo el rato, que si un artículo, que si una entrevista. No podía pensar. Quería romper la dinámica de la sobreestimulación, y tranquilizarme.

—¿Cómo le afectó el éxito?
—(Suspiro y risas). Yo estaba en un mundo apartado al de la literatura. Y de repente, el éxito. Me repercutió de dos formas. Por una parte está «Historias del Kronen», era una novela

ingenua, que escribí antes de «Transpotting» y todo eso. En ningún momento creía que fuera a publicarse, y por eso algunos protagonistas tenían nombres y apellidos de personas que conocía. Eso tuvo repercusiones muy negativas para mí.

—¿Y la otra parte?
—De repente estás en el centro del éxito. Esos focos son muy violentos. Con el éxito literario entré en un nuevo mundo con sus propias reglas y códigos, y que se ha convertido en mi mundo. Antes eran los bares, la noche... ahora son los editores, los novelistas, porque yo soy un escritor realista. El éxito saca lo peor que tiene cada uno dentro. Hay gente que no se descubre a sí misma hasta que le llega el éxito. El éxito exagera una bestialidad el egotismo. A las personas que lo alcanzan se les consiente todo, y hay quienes son capaces de digerirlo y otros, no.

—Y «Caso Karen» ha sido el resultado.
—Y no ha sido fácil. Llegó a tener quinientas páginas. Las he condensado y han quedado apenas doscientas. Parece que hay mucho, pero luego ya ves en lo que se queda.

—¿Qué es lo que más le ha costado?
—El montaje narrativo y pensar los adjetivos. Al principio, cuando comienzas a escribir todo es más natural, pero luego, cuanto más escribes, más te cuesta.

—¿Y el estilo?
—Yo trabajo con personajes, no sólo con el estilo. Durante un tiempo desprecié el estilo. En esta novela me he preocupado más por él. Es una obra más estilizada, y me ha requerido mucho esfuerzo. Pero el estilo no quita protagonismo a la vida, no mata a los personajes.

—Kronen, Karen, ¿Mucha K.?
—Es una letra agresiva, importante, con connotaciones callejeras. Me gusta. En este caso el nombre así era más contundente.

—Los nombres, y los apellidos, de los per-

sonajes de esta novela no parecen gratuitos: Washington Tostón, Juana Barrenderos, Karen del Corral, Julia Segura...

—(Risas). Sí, me ha dado por ahí, por nombres galdosianos.

—Me cuesta creer que no estuviera pensando en alguien cuando los escogió.

—Ningún novelista construye sus personajes sobre cero, y no suele ser una sola persona. Haces una especie de Frankenstein. Se reviste un arquetipo, y, uno, son reconocibles, otros, no.

—Karen se parece a Lucía Etxebarria.
—Cuando existe un contexto ocurren estas cosas. Muchas veces no son más que pequeños guiños que al pasar el tiempo ya nadie le reconoce. No me había dado cuenta.

—Es que toma hasta Prozac
—¿Tú crees?

—¿Y el congreso de jóvenes escritores en la Fundación Camilo José Cela?

—Existió un congreso, el primero. El de mi novela es el segundo. He recogido anécdotas. Está todo trasladado. Es una forma de romper con Madrid y llevar el argumento a Galicia, Barcelona, Gijón. Mis retratos están hechos con humor. Son pinceladas nada más. Yo no uso el sarcasmo. Sólo humor.

—En su novela recurre a un argumento policiaco y mezcla diferentes puntos de vista.

—Sí, junto el género negro y la novela blanca. Me apetecía hacer una investigación. Quería hacer algo nuevo. Y además hacerlo como un puzzle narrativo. A través de los personajes, el lector se asoma a la vida de los protagonistas. Esta técnica me permitía dar la vuelta al personaje. Darle matices y profundidad.

—¿Cómo es su vuelta al ruedo literario?
—Es un redescubrimiento. Y sano. Pero voy a intentar llevarlo de otra forma. Un periodo creativo, un intervalo de promoción. Cuatro años sin publicar es muy poco, y un año, mucho. Espero escribir un libro cada dos años.